

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**LAS ALMAS DEL PURGATORIO
NOS AYUDAN Y PROTEGEN**

S. MILLÁN – 2024

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

PRIMERA PARTE: EL PURGATORIO

Beata Ana Catalina Emmerick.

Un alma del purgatorio.

S. Gregorio Magno.

Santa Lutgarda.

Beata Inés de Benigánim.

Beata Eduviges Carboni.

Beata Isabel Canori Mora.

Mística María Simma.

San Juan Macías.

Mística Ana Lindmayr.

SEGUNDA PARTE: LAS ALMAS NOS AYUDAN Y PROTEGEN

Beata Inés de Benigánim.

Padre James Manjackal.

Beata sor Ana de los Ángeles Monteagudo.

Mística Julie Jahenny.

Beata Eduviges Carboni.

Místico Padre Giuseppe Tomaselli.

Mística María Simma.

Nos protegen. Casos concretos.

Beata Ana Catalina Emmerick.

CONCLUSIÓN

INTRODUCCIÓN

En este libro queremos presentar algunos casos concretos en los que las almas del purgatorio ayudan y protegen a las que rezan por ellas. Debemos tener claro que las almas benditas pueden ayudarnos y rezar por nosotros estando todavía en el purgatorio y, por supuesto, cuando estén ya en el cielo. Y ellas son siempre muy agradecidas a aquellos que las han encomendado, mientras estaban en el purgatorio.

No olvidemos que en el purgatorio se sufre mucho más de lo que se puede sufrir en esta vida, pero la gran diferencia es que aquí en la tierra muchos se desesperan, porque no pueden aceptar sus sufrimientos y limitaciones para vivir en este mundo, en cambio las almas del purgatorio, a pesar de sufrir mucho, tienen la gran esperanza de que un día todo el dolor acabará y estarán eternamente felices en el cielo.

Por eso es una gran obra de misericordia y de caridad rezar por los difuntos y en especial por los de nuestra propia familia, a quienes estamos obligados de ayudar por justicia y agradecimiento, sobre todo, si son nuestros padres y familiares próximos o amigos que nos han ayudado mucho en este mundo.

Por otra parte tengamos en cuenta que, aunque haya pasado mucho tiempo desde que han muerto y nosotros no habíamos orado por ellos, sea por no saber la noticia de su muerte o porque vivían en lugares lejanos, lo cierto es que, aunque recemos por ellos veinte años más tarde de su muerte, eso también les ayudó en su momento, porque para Dios todo es presente y Dios sabía que 20 años después una persona, familiar o no, rezaría por ellos, y estos méritos se los aplicó ya al momento de morir, restando así parte de su purgatorio.

Dios es un padre amoroso y misericordioso. El purgatorio es obra de su justicia y de la necesidad de ir al cielo con el alma totalmente limpia, pero él nos puede incluso aplicar oraciones y misas de personas que nunca conocimos para poder así adelantar la llegada al cielo. Y esto lo puede hacer la Virgen María, sobre todo, si hemos sido devotos suyos durante esta vida.

De todo esto podemos sacar la conclusión de lo triste que es la muerte de los ateos o protestantes o personas de otras religiones que no creen en la existencia del purgatorio y por tanto no rezan por sus difuntos, aunque ciertamente Dios puede aplicarles las oraciones y misas de quienes oran en general por las almas del purgatorio. Pero no es lo mismo que, cuando a uno en concreto, sus amigos y familiares lo encomiendan en sus muchas oraciones y misas y comuniones. Hay quienes deberían estar en el purgatorio hasta el fin del

mundo, pero si su familia reza mucho y ofrece muchas misas, puede ser que su purgatorio, que podría haber durado miles de años hasta el fin del mundo, se haya acortado a muy poquitos años. Así lo dice la experiencia de algunos que estuvieron en esa situación.

En resumen, el purgatorio existe y son muy poquitos quienes van directamente al cielo. La inmensa mayoría deberemos ir al purgatorio durante un tiempo más o menos largo. Por eso tenemos obligación de rezar por nuestros familiares difuntos y no solo durante el primer mes o el primer año, sino durante mucho tiempo. Se recomienda mandar celebrar las 30 misas seguidas, llamadas gregorianas, entre otras cosas. Y si la persona durante su vida no oró nunca o casi nunca por las almas de los difuntos, puede ser que el Señor no le aplique incluso las oraciones y misas de los que se las ofrecen, por no haber cumplido con esta obligación por falta de amor o generosidad con las almas del purgatorio, sea por descuido o por no creer en la existencia del purgatorio o simplemente por indiferencia.

Vivamos para Dios y vivamos para la eternidad. No olvidemos a las almas benditas que están sufriendo en el más allá y de esa manera también otros nos encomendarán a la hora de nuestra muerte. Y nuestra madre la Virgen nos asistirá y ayudará de modo especial, si le hemos dicho muchas veces las palabras del avemaría: *Ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.*

PRIMERA PARTE EL PURGATORIO

El purgatorio es el estado de purificación en que están las almas después de la muerte, porque en el *cielo no puede entrar nada manchado* (Ap 21, 27). El catecismo de la Iglesia católica afirma que *los que mueren en gracia, pero están imperfectamente purificados, sufren después de su muerte una purificación a fin de obtener la santidad necesaria para entrar en la alegría del cielo* (Cat 1030).

BEATA ANA CATALINA EMMERICK

Ana Catalina sintió desde su más tierna edad la necesidad de orar por ellos. Y así nos dice: *Siendo todavía niña fui conducida por una persona, a la cual no conocía, a un lugar que me pareció el purgatorio. Vi muchas almas allí que sufrían vivos dolores y que me suplicaban que rogara por ellas. Me parecía haber sido conducida a un profundo abismo donde había un amplio espacio que me impresionó mucho, me llenó de espanto y turbación. Vi allí a hombres muy silenciosos y tristes, en cuyo rostro se vislumbraba, a pesar de todo, que en su corazón se alegraban, como si pensarán en la misericordia de Dios. Fuego no vi ninguno; pero conocí que aquellas pobres almas padecían interiormente grandes penas.*

Cuando oraba con gran fervor por las benditas almas, oía voces que me decían al oído: “¡Gracias, gracias!”. Una vez había perdido, yendo a la iglesia, una pequeña medalla que mi madre me había dado, lo cual me causó mucha pena. Consideré que había pecado por no haber cuidado mejor de aquel objeto y con esto me olvidé de rezar aquella tarde por las benditas almas. Pero cuando fui al cobertizo por leña, se me apareció una figura blanca, con manchas negras, que me dijo: “¿Te olvidas de mí?”. Tuve mucho miedo y al punto hice la oración que había olvidado. La medalla la encontré al día siguiente bajo la nieve, cuando fui a hacer mi oración.

Siendo ya mayor, iba a misa temprano a Koesfeld. Para orar mejor por las ánimas benditas tomaba un camino solitario. Si todavía no había amanecido, las veía de dos en dos oscilar delante de mí como brillantes perlas en medio de una pálida llama. El camino se me hacía muy claro y yo me alegraba de que las almas estuvieran en torno mío, porque las conocía y las amaba mucho. También por la noche venían a mí y me pedían que las aliviase ¹.

¹ Schmoeger, *Vie D'Anne Catherine Emmerich*, Paris, Ed. Tequi, 1950, tomo I, pp. 29-30.

Es muy triste que actualmente se socorra tan poco a las ánimas benditas. Es muy grande su desdicha, pues no pueden hacer nada por su propio bien. Pero cuando alguno ruega por ellas o padece o da alguna limosna en sufragio de ellas, en ese mismo momento se permuta esta obra en bien suyo, y ellas se ponen tan contentas y se reputan tan dichosas como aquel a quien dan de beber agua fresca cuando está a punto de desfallecer ².

Esta noche (27 de setiembre de 1820) he pedido mucho por las ánimas benditas, y he visto muchos admirables castigos que ellas padecen, y la incomprensible misericordia de Dios. He visto la infinita justicia y misericordia de Dios, y que no hay cosa alguna verdaderamente buena en el hombre que no le sea útil. He visto el bien y el mal pasar de padres a hijos y convertirse en salud o desdicha por la voluntad y cooperación de éstos. He visto socorrer de un modo admirable a las almas con los tesoros de la Iglesia y con la caridad de sus miembros. Y todo esto era una verdadera sustitución y satisfacción por sus culpas, no faltándose ni a la misericordia ni a la justicia, aunque ambas son infinitamente grandes.

He visto muchos estados de purificación; en particular he visto castigados a aquellos sacerdotes aficionados a la comodidad y al sosiego, que suelen decir: “Con un rinconcito en el cielo me contento; yo rezo, digo misa, confieso, etc., etc.”. Éstos sentirán indecibles tormentos y vivísimos deseos de buenas obras, y a todas las almas a quienes han privado de su auxilio las verán en su presencia, y tendrán que sufrir un desgarrador deseo de socorrerlas. Toda pereza se convertirá en tormento para el alma, su quietud en impaciencia, su inercia en cadenas, y todos estos castigos son, no ya invenciones, pues que proceden clara y admirablemente del pecado, como la enfermedad del daño que la produce ³.

UN ALMA DEL PURGATORIO

Veamos un caso ocurrido en Montefalco, Italia, del 2 de septiembre de 1918 al 9 de noviembre de 1919. Estas manifestaciones de un alma del purgatorio están confirmadas por algunas religiosas del convento y fueron confirmadas por Mons. Pietro Pacifici, obispo de Spoleto, en 1921. Las 28 manifestaciones tuvieron lugar en el convento de las hnas. Clarisas del convento de San Leonardo de Montefalco. En ningún momento pudieron ver al alma purgante, pero se hacía presente al torno para hablar brevemente y dejar una limosna, casi siempre de diez liras. Tocaba la campanita de la entrada para que

² Sch, tomo III, p. 2.

³ Schmoeger, *Vida y visiones de la venerable Ana Catalina Emmerick*, 1979, p. 302.

bajara la abadesa, incluso cuando estaban cerradas todas las puertas de entrada al convento y a la iglesia.

Solía decir: *Dejo aquí diez liras para oraciones*. Cuando le decían de parte de quién, respondía: *No me es permitido decirlo*. El 3 de octubre de 1919 dijo claramente a la Superiora: *Soy un alma purgante. Son cuarenta años que me encuentro en el purgatorio por haber disipado bienes eclesiásticos*. En otra oportunidad, dijo que era sacerdote.

En total, dejó 300 liras y le fueron celebradas 38 misas. El 9 de noviembre, al bajar la abadesa al sonido de la campana, le dijo: *Alabado sea Jesús y María. Le agradezco a Ud. y a la Comunidad, lo que han orado por mí, ya estoy libre de toda pena*. Y, a petición de la abadesa, le dio la bendición sacerdotal en latín.

El lugar donde sucedieron estas manifestaciones, ha sido transformado en capilla, dedicada a orar por las almas del purgatorio y, especialmente, por los sacerdotes difuntos. Fue bendecida el 26 de febrero de 1924 y allí se ha erigido una confraternidad a favor de las almas del purgatorio.

SAN GREGORIO MAGNO (+604)

Tuvo una visión, siendo abad de un monasterio en Roma, antes de ser Papa. Había un monje, llamado Giusto, que ejercía con su permiso la medicina. Una vez, había aceptado sin su permiso una moneda de tres escudos de oro, faltando gravemente al voto de pobreza. Después se arrepintió y tanto le dolió este pecado que se enfermó y murió al poco tiempo. Sin embargo, san Gregorio, para inculcar en sus religiosos el horror a ese pecado, lo hizo sepultar fuera de las tapias del cementerio, en un basural, donde también echó la moneda de oro, haciendo repetir a los religiosos las palabras de san Pedro a Simón mago: *Que tu dinero perezca contigo*. A los pocos días, pensó que quizás había sido demasiado fuerte en su castigo y encargó al ecónomo mandar celebrar treinta misas seguidas por el alma del difunto.

El ecónomo obedeció y el mismo día que terminaron de celebrar las treinta misas, se apareció Giusto a otro monje, Copioso, diciéndole que subía al cielo, libre de las penas del purgatorio, por las treinta misas celebradas. Desde entonces, existe la costumbre de mandar celebrar treinta misas seguidas, llamadas gregorianas, en favor de los difuntos ⁴.

⁴ San Gregorio Magno, *Diálogos* IV; PL 77.

SANTA LUTGARDA

El Papa Inocencio III murió después de haber celebrado el concilio de Letrán. Se apareció a Lutgarda. Estaba rodeado de llamas y ella le preguntó quién era. Respondió: *Soy el Papa Inocencio*. Ella le respondió: *¿Cómo es posible que usted sufra tan gran tormento; siendo el Padre de todos nosotros?* Él dijo: *Hay tres causas que me hacen sufrir de esta manera y que me hacían digno de ir al infierno. Pero seré atormentado por graves penas hasta el día del juicio final. La madre de la misericordia me ha obtenido de su Hijo, poder venir a pedir sufragios*. Y desapareció enseguida sin más explicaciones.

Lutgarda dio a conocer a sus hermanas la muerte y las necesidades del Papa difunto para que ellas oraran por él. Ella misma ofrecía oraciones y sacrificios ⁵. Y añade Tomás de Cantimpré: *Anotad que yo he hablado de tres causas por las que el Papa estaba sufriendo tanto y que me descubrió Lutgarda, pero que las callo por respeto a un tan gran Pontífice* ⁶.

BEATA INÉS DE BENIGÁNIM

Dios constituyó a la beata Inés madre de las almas del purgatorio y, por eso, le pedía al Señor que muchas de ellas fueran a pasar el purgatorio a su celda. En alguna ocasión dijo tener más de doscientas. Por ellas hacía muchos cargamientos, es decir, padecía muchos sufrimientos en su lugar para librarlas cuanto antes de los tormentos del purgatorio. Veamos algunos de los casos que se cuentan en los testimonios del Proceso.

Algunas veces el Señor le concedía la gracia de ir personalmente al purgatorio. Allí sentía los dolores y penas que sufrían las benditas almas y el Señor le concedía que con ellas llegase un rayo de luz y pudiera sacar el alma sobre la cual se proyectaba el rayo luminoso. Y así sacaba muchas almas para el cielo ⁷.

Refiere sor Francisca que un día estaban ambas, ella y la venerable Madre, hablando con el confesor, cuando de repente la sierva de Dios, volviéndose al confesor, le dijo: “Padre, en el límite llamado Barqueta han dado muerte estos días a un pobre pastor, el cual pocos días antes había prometido dar a esta Comunidad una cantidad de leche; el Señor quiere que su alma pase el purgatorio en nuestra celda y que roguemos por ella”. Hecha averiguación

⁵ Tomás de Cantimpré, *Vie de sainte Ludgarde*, Namur, 1991. pp. 22-23.

⁶ Ib. p. 23.

⁷ Benavent Felipe, *Vida, virtudes y milagros de la beata sor Josefa de Santa Inés*, Valencia, 1913, p. 288.

sobre el caso trágico, resultó ser cierto y que había acontecido tal y como lo refería la Madre Inés.

La misma Madre Francisca relataba el siguiente caso: “La sierva de Dios asistió en la hora de la muerte a la condesa de Paredes. Rogó a Nuestro Señor que enviara aquella alma a su celda a tener allí el purgatorio. Conseguido esto, la sierva de Dios se ejercitó en muchas y graves penitencias a fin de darle sufragios, y a la misma Madre Francisca le suplicó que se le asociara en este santo empeño. Fue en la víspera de san Agustín, cuando, al cantar el Te Deum del Oficio divino, vio la sierva de Dios que aquella alma subía al cielo, no sin antes haber dado gracias a la venerable Madre por todo lo que le había socorrido y diciéndole que, si en vida hubiera sabido lo que era esta Comunidad, hubiera venido a visitarla de rodillas”⁸.

Sor Inés buscaba ocasiones de ejercer actos humildes con el fin de sacar algún alma de sus terribles penas. Así pues, como afirma una religiosa, andaba buscando los vasos más inmundos de la Comunidad para hacer la limpieza y aseo; se marchaba a la cocina y poníase a fregar las vasijas, cazuelas, platos, pucheros y se daba prisa en limpiarlos; y cuando esto hacía, se convenía con el Señor acerca del número de almas que habían de salir del purgatorio por cada una de las piezas que lavase o limpiara, diciendo en voz alta y en aquel su lenguaje valenciano: “¡Vida mía! ¿Cuántas almas queréis librar por este barreño? ¿Y por esta cazuela? ¿Y por estos platos?”. Y, efectivamente, la sierva de Dios alcanzaba con este trabajo y modo de suplicar, tan confiado y cándido, que el Señor mandase libres del purgatorio a algunas almas, como muchas veces la venerable Madre lo manifestó a la que esto refiere”⁹.

Las almas de sus hermanas religiosas eran sus favoritas en la distribución de socorros y alivios, y atendía a consolarlas con el mayor amor y con todos los medios puestos a su alcance. La venerable Madre, desde el momento en que una religiosa expiraba, hasta que por concesión especial divina no la veía subir al cielo, no cesaba jamás de hacer penitencias y de pedir, tanto a la declarante como a las religiosas, que hicieran ejercicios y obras espirituales, diciéndoles: “Nuestra hermana está sufriendo; ayudémosle todo cuanto podamos”. En muchas de estas ocasiones, la venerable Madre manifestaba a las demás la clase de purgatorio que la religiosa difunta padecía y los defectos por los cuales padecía; y era ya cosa acostumbrada y como regla ordinaria el que fuesen a pasar el tiempo de purificación en su celda, o también en el mismo lugar del convento donde habían cometido las faltas e imperfecciones. Así que la sierva de

⁸ Pedro de la Dedicación, *Vida, virtudes y carismas de la beata Josefa María de santa Inés*, Valencia, 1974, p. 225.

⁹ *Ib.* p. 218.

Dios no cesaba de exhortar a todas las religiosas a que procurasen la mayor perfección en todo, asegurándoles al mismo tiempo que el más leve pecado o imperfección se debía pagar o en esta vida o en la otra. Todo esto lo observaba la que aquí habla siempre que moría alguna religiosa del convento ¹⁰.

Sor Catalina de San Agustín dice: *Lo que hacía que se le creyera era que daba señales individuales y puntualísimas no sólo de las personas, sino también de los lugares lejanos, donde acaecían los casos referidos por la misma sierva de Dios, los cuales fueron comprobados y se halló ser ciertos y de conformidad exactísima con el relato dado por la venerable Madre. Como sucedió una vez con cierto Juan Grau, natural de la villa de Cullera, que vino a consolarse con la sierva de Dios, porque estaba espantado de ciertos ruidos que se sentían en su casa después del fallecimiento de su hermana. La venerable Madre Inés le dijo que aquellos ruidos los hacía el alma de una hermana suya. Le dio señales individuales de la persona de su hermana, tales que correspondían con toda exactitud a la verdad, según lo confesó el mismo Grau. Le ordenó que mandase celebrar cierto número de misas, con lo que cesaron los ruidos. Esto se cumplió exactamente; se dijeron las misas, cesaron las molestias y el dicho Grau tornó a Benigánim a dar las gracias a la venerable Madre. La declarante presencié todo* ¹¹.

Era la vigilia de san Carlos Borromeo y la sierva de Dios se ejercitaba en oraciones y mortificaciones por las benditas almas del purgatorio. De pronto fue elevada en éxtasis, en el cual el Señor le mostró un alma, que padecía terribles penas en el lugar de purificación y pedía sufragios. Inmediatamente sor Inés hizo uno de sus cargamientos para aliviar a aquella alma, la cual desde aquel mismo instante fue enviada por el Señor a su celda, a fin de que allí pagase su deuda y se purificara. Habiendo la sierva de Dios preguntado al ángel custodio de aquella alma ¿de quién era?, el santo ángel le respondió que era el alma de un hombre de Alicante, llamado Carlos Borromeo, el cual había conseguido que fuese a purgar a la celda de la sierva de Dios ¹².

El padre José Ramírez refirió a la que esto declara que, cuando se le murió su padre, recurrió a la venerable Madre Inés a fin de que rogase por el alma del difunto. Habiéndolo hecho así la venerable Madre, logró de su divina Majestad que le fuese enviada a su celda dicha alma para que allí pasara el purgatorio. Viniendo después a esta villa el padre Ramírez y diciendo la misa en la iglesia del convento nuestro, tan pronto como terminó la misa, lo llamó la venerable Madre y le dijo en su valenciano: “Apenas has consumido el

¹⁰ Ib. p. 219.

¹¹ Ib. p. 226.

¹² Ib. p. 227.

Santísimo Sacramento, he visto el alma de tu padre que, acompañada de san Antonio de Padua, subía al cielo. El padre quedó muy admirado y consolado, porque sabía certísimamente que su padre era muy devoto de san Antonio de Padua” ¹³.

El padre Jaime Albert declaró: *Habiendo muerto la madre del que esto refiere, llamada Vicenta Vidal de Albert, el día 9 del mes de septiembre del año 1690, fue ordenado él de sacerdote al mismo tiempo, y celebró su primera misa quince días más tarde de acaecida dicha muerte, y unos meses más tarde se trasladó a Benigánim. Viéndose con la venerable Madre, preguntó a ésta si había orado por su madre difunta. A lo cual ella respondió: “Cuando vuestra reverencia, después de consagrar la sagrada hostia, la elevaba, entonces mismo subía al cielo el alma de su madre, acompañada de santa Úrsula y las once mil vírgenes”. El declarante quedó consolado y confiado en que así sería: primero, por la experiencia que tenía de la gran virtud de la sierva de Dios y de su gran devoción por las almas del purgatorio; en segundo lugar, porque había aplicado aquella su primera misa por el alma de su madre, la cual en vida fue devotísima de santa Úrsula y solía hacer algunas limosnas a un convento de santa Úrsula, que existe en la ciudad de Valencia con la misma Regla y Constituciones que observa el convento de Benigánim.*

En el día del glorioso patriarca, san José, 19 de marzo de 1680, murió en la ciudad de Valencia el padre del que esto refiere, Don Jaime Albert, y sucedió que Josefa Soriano, criada de la madre del declarante, tuvo varias apariciones del alma de mi padre, por lo que sufrió mucho, hasta cumplir el encargo que le daba el alma aparecida, que era que nos dijese a la familia que para salir del purgatorio debían aplicársele nueve misas. Las nueve misas le fueron aplicadas, y aun cuando Josefa Soriano nos aseguraba que, por las señales que había observado, el alma de mi padre había pasado ya al cielo, quedaba todavía cierto temor no hubiese en esto alguna ilusión, máxime que Josefa Soriano no había conocido en vida a mi padre. Consulté con la venerable Madre Inés el caso, y ésta me aseguró ser cierto que, después de las nueve misas, había pasado al cielo, y me dio de mi padre notas y señales tan particulares, a pesar de que la Madre no lo había conocido, que me dejó maravillado y asegurado del caso.

En el año de 1688, bajando cierto día la Madre Inés del palomar del convento, llevaba en la mano cogido por el ala un pichón muerto, y lo iba a tirar al montón de la basura. Encontróse por la escalera con la Madre Mariana de la Asunción, con la Madre María de Santa Rosa y con la hermana Ana María de San Roque. Le preguntaron estas Madres: “Madre Inés, ¿qué?, ¿se ha helado

¹³ Ib. p. 227-228.

ese pichón?”. “Madres, casi todos se hielan”, respondió ella. Tan pronto dijo esto se transportó y quedó suspensa en éxtasis y, mirando al cielo, dijo en valenciano: “Señor, tengo duda de si esta alma está en estado de salvación; si está, resucitadme este animalito como señal”.

*Y vuelta en sí inmediatamente, se llevó el pichón a la boca, soplo sobre él y de repente comenzó a piar el pichoncito; de modo que la venerable Madre en presencia de las tres religiosas subió al palomar el pichón y, cuando llenas de asombro, las religiosas le preguntaron ¿qué duda era aquella sobre la cual había hablado a Nuestro Señor?, díjoles la sierva de Dios, que varias veces se le había aparecido el alma de una persona devota de la Comunidad, pero en figura tan horrible y padeciendo tales tormentos, que, aunque aquella alma le pedía sufragios, con todo no llegaba a persuadirse de que estuviese en el purgatorio, duda que la traía muy afligida, y por eso ahora, ofreciéndosele la ocasión, había deseado saber la verdad con el testimonio de la resurrección del pichoncito, y así, efectivamente, había conocido claramente que aquella alma estaba en el purgatorio y que en el momento de volver el pichón a la vida, otra vez se le había aparecido la misma alma, pidiéndole que le aplicara sufragios, porque sufría gravísimas penas en el purgatorio. Desde aquel mismo instante, la sierva de Dios comenzó ásperas penitencias y penosos ejercicios por aquella alma, pidiendo asimismo sufragios a las religiosas. Aquel mismo día oyó la testigo referir el caso a las tres religiosas presentes; y vio el pichón vivo, al que llamaba después **el resucitado** ¹⁴.*

Sor Francisca de los Ángeles manifestó en el Proceso: Muchas veces oí referir a la hermana sor María de San Miguel el caso siguiente: Murió en Benigánim una mujer que tenía de apellido Llobregat; y como el Señor le había concedido que pasara el purgatorio en la celda de la venerable Madre, estaba dicha alma bajo el especial cuidado de la Madre. Con frecuencia la sierva de Dios rogaba insistentemente a las religiosas que aplicasen sufragios y oraciones en alivio de las grandes y dilatadas penas de esta pobre alma Llobregat, de donde provenía el que también las monjas le preguntasen con frecuencia: “¿Qué hace el alma de Llobregat?”. Esto oído por la mencionada hermana lega sor María de San Miguel, que era entonces novicia, acudió al pensamiento que todo esto del alma de la Llobregat era una pura ilusión de la venerable Madre Inés. Sin haber manifestado a nadie este pensamiento de duda, dicha sor María de San Miguel tuvo que subir una noche en compañía de la venerable Madre a un desván del convento. La venerable Madre Inés llevaba en la mano una candela encendida; pero, llegando a cierto punto, apagó la candela y quedaron completamente a oscuras. Entonces la novicia María de San Miguel vio aterrada que del desván salía una gran llama de fuego que la rodeaba a ella desde los

¹⁴ Pedro de la Dedicación, pp. 228-229.

pies hasta la cintura, por lo cual, llena de espanto, dijo a la venerable Madre: *“Madre Inés, ¿qué es esto?”* Y la venerable Madre respondió: *“Llobregat, ¿porque viste, creíste?”*. Ya no dudó la dicha novicia de que la Llobregat estaba pasando el purgatorio en la celda de la sierva de Dios y de que ésta penetraba el fondo más oculto de las almas ¹⁵.

El 29 de mayo de 1673 por la mañana, entre seis y siete, estaba sor Inés barriendo y limpiando un porche o azotea, que está en lo más alto de la casa; y considerando que se empleaba en lo que le había mandado la santa obediencia, ponía todo cuidado en hacerlo bien, atendiendo a que el Señor le había de pedir cuenta si lo dejaba mal dispuesto. Estando pues en este ejercicio, vio a su lado un padre de la Compañía de Jesús, vestido con sus hábitos.

Quedóse por poco tiempo suspensa, pensando lo que podría ser aquello; pero advirtiéndole que era de su obligación hacer lo que la obediencia le tenía ordenado, dijo: *“Lo que me toca hacer, es limpiar y barrer esta pieza; lo demás el Señor dispondrá lo que sea más de su agrado”*. Continuó su tarea; y volvió a ver a su lado al mismo padre Jesuita como la primera vez; pero rodeado de llamas de fuego. Recurrió a Dios diciendo: *“Mi esposo y Señor, ¿qué me queréis dar a entender con esta visión? Respondiéndole: “Toma a tu cargo esta alma, que es de un hijo de san Ignacio, y tiempo ha que padece en el purgatorio. Haz por ella un cargamiento”*. Prometió obedecer lo que el Señor la mandaba; y desapareciendo la visión, acabó de barrer y limpiar la azotea. No se descuidó de cumplir lo ofrecido. Favorecía a la dicha alma aplicando para su sufragio además de las penas con que el Señor la mortificaba, ayunos a pan y agua, sangrientas disciplinas, oraciones y otras obras de penitencia y devoción, continuando estos ejercicios hasta el martes, infraoctava del Corpus, 6 de Junio del mismo año. En este día, estando en presencia del Señor sacramentado, que estaba expuesto, haciendo fervorosas oraciones por las benditas almas, y muy en particular por la del padre jesuita, le manifestó su divina Majestad, que salieron muchas almas del purgatorio, entre las cuales salió también la del dicho padre jesuita, y todas, acompañadas de sus ángeles custodios, subieron al cielo¹⁶.

Una mañana, estando en oración en el coro, se le aparecieron los tres ángeles de la guarda de tres almas del purgatorio, que llevaban ya 50 años detenidas en aquellos tormentos. Hizo por ellas uno de sus acostumbrados cargamientos y vio que san José, san Agustín, santo Tomás de Villanueva, santa Teresa de Jesús y los dichos tres ángeles, bajaron al purgatorio, sacaron aquellas tres almas y las llevaron al coro, donde estaba la sierva de Dios. Llegada la hora de la comunión, le dijo a la Priora que pidiese a las religiosas

¹⁵ Ib. p. 347.

¹⁶ Benavent, p. 282.

la comunión por ciertas almas del purgatorio a intención suya. Se lo concedieron, y perseveraron en el mismo lugar las tres almas con el acompañamiento de los santos y ángeles; y fue tanto y tan continuo el suave olor y fragancia que en ese día se sintió en el convento que todas las religiosas estaban maravilladas. Al llegar la oración de las cinco de la tarde, vio que las tres almas hicieron una profunda reverencia a todas las religiosas en señal de agradecimiento, como para despedirse, y subieron al descanso eterno ¹⁷.

En el año 1686 dijo la venerable Madre en presencia de la declarante y de varias religiosas, cómo la hermana Emerenciana de San Roque, que se dirigía a la casa del vicario de esta villa, Don Vicente Benavent, para asistirle en su muerte; lo que causó grande admiración en las presentes, porque se sabía que el dicho señor vicario padecía una indisposición muy ligera; pero a las pocas horas nos llegó la noticia de que dicho vicario había muerto repentinamente. Este vicario había sido confesor de la dicha hermana sor Emerenciana. Aquella misma noche, estando la declarante con la Madre Bernarda María de los Reyes, sintieron ambas tan grandes y continuos ruidos, que en toda la noche no pudieron pegar los ojos. A la mañana siguiente, al verse con la venerable Madre Inés, ésta, antes de que las otras le hablasen, les dijo que aquel ruido que habían oído y les había quitado el reposo, provenía del alma del vicario; pero que ningún temor tuvieran ya, porque no oirían más ruidos, puesto que aquella alma ya había ido a su celda ¹⁸.

El 12 de diciembre de 1671 estaba sor Inés tan fatigada que la Priora la mandó a descansar a su celda. Al llegar, vio que por las rendijas de su puerta salía luz. Abrió y halló un alma dentro, toda circundada de fuego. Se arrojó a sierva de Dios y el Señor le dio a conocer que era una señora conocida suya que había muerto en cierta ciudad y, por las muchas galas que había usado en la vida, padecía grandes penas en el purgatorio. Le suplicó sor Inés que la dejara en su celda para que allí purgara y, habiéndoselo concedido, procuró aplicarle muchas comuniones, penitencias, oraciones y otros sufragios por los cuales el Señor, usando de su infinita misericordia, el 17 del mismo mes se la llevó al cielo¹⁹.

Cierto año, el día de “Todos los Santos”, después de cenar, se retiró sor Inés a su celda y luego se le apareció gran multitud de almas que, con lamentables instancias pedían refrigerio. Les dijo que la siguiesen y con ellas se fue al coro de la campana, donde había algunas religiosas, a quienes dijo: “Hermanas, por amor de Dios, hemos de rogar muy de veras por las benditas

¹⁷ Tosca Tomás Vicente, *Vida, virtudes y milagros de la venerable Madre Josepha María de Santa Inés de Benigánim*, Valencia, 1715, pp. 184-185.

¹⁸ Pedro de la Dedicación, p. 230.

¹⁹ Benavent, p. 275.

almas y en particular por las de mi intención, que con esto daremos gusto al Señor”. Todas se ofrecieron muy contentas. Después llegaron más hermanas al coro y les dijo: “Hermanas, ya que somos tantas, quédense dos para tocar la campana y las demás iremos a hacer el Viacrucis por las benditas almas. Lo hicieron así y se le apareció Nuestro Señor Jesucristo, vestido de una túnica morada, con una pesada cruz, a quien seguían todas aquellas almas que se habían aparecido. Después iban las religiosas, y le manifestó el Señor que a cada paso del Viacrucis, subían a la gloria algunas de aquellas almas con tal orden y disposición que, así que acabaron de hacer todas las estaciones, acabaron de subir todas aquellas almas a gozar de la bienaventuranza²⁰.

Como la sierva de Dios estaba enferma de epilepsia y, a veces, se quedaba como muerta por los ataques, la Superiora determinó que siempre estuviera con ella en la celda la hermana Francisca de santa Ana. En una ocasión estaba en la celda pasando su purgatorio un hombre que viviendo había prometido dar una limosna a cierto convento y no había cumplido. Cada noche daba algunos golpes recios y sor Francisca se estremecía y dijo: “Nina, yo no me atrevo a estar en tu compañía, porque estos golpes tan fuertes y tan continuos de cada noche me tienen atemorizada”. Respondió: “Madre, no tema, encomiéndela al Señor, que aún oiremos más, pues ha de dar tantos golpes cuantos dineros caben en la cantidad que ofreció dar a cierto convento”. Y fue así, pues acabados los golpes, subió a gozar de la bienaventuranza eterna²¹.

A veces, algunas almas se ponían sobre la cama de sor Francisca y le tocaban la cara; y ella tenía mucho miedo. La Madre Inés le decía: No tenga miedo, que no le harán nada”. Pero volviéndose a las almas, les decía: “Hijitas, venid a mí, dejad a sor Francisca que duerma”²².

BEATA EDUVIGES CARBONI

Cuenta su hermana Paulina: Se le aparecieron dos hombres de origen ruso, uno dijo llamarse Paolo Vischin. Le contaron que habían nacido católicos, pero se habían hecho comunistas y habían sido heridos en la segunda guerra mundial. Al momento de su muerte, se habían acordado de los buenos consejos de sus padres y habían pedido perdón a Dios, arrepentidos de sus errores. Estos dos rusos pedían a Eduviges misas que fueran celebradas por Monseñor Massimi y Monseñor Vitali. Al desaparecer de la habitación de Eduviges,

²⁰ Benavent, p. 279.

²¹ Benavent, p. 275.

²² Pedro de la Dedicación, p. 224.

dejaron su huella en el piso. Yo las he visto. Estas huellas pudieron desaparecer después de fregar mucho y fuerte ²³.

Escribe Eduviges: Mientras rezaba delante del crucifijo, de pronto se me presentó una persona toda envuelta en llamas... De entre ellas oí una voz apenada que me dijo: “Soy Benito Mussolini. El Señor ha permitido que venga a ti para que pueda encontrar consuelo en las penas que sufro en el purgatorio. Te pido por caridad que apliques en mi sufragio todas las oraciones, sufrimientos y humillaciones durante dos años, si tu director te da permiso”. La misericordia de Dios es infinita, pero también es infinita su justicia. Y en la gloria del paraíso no se puede entrar si no se ha pagado hasta el último centavo de la deuda contraída con la justicia divina. El purgatorio para mí es muy penoso, porque esperé al último momento para arrepentirme”... Un día de la primavera de 1951, Jesús dijo, después de la comunión: “Esta mañana el alma de Benito Mussolini ha subido al paraíso”²⁴.

Dice Eduviges: Me soñé con una maestra muerta hacía un mes a causa de un bombardeo. La vi resplandeciente, pero tenía los brazos un poco quemados, lo demás de su persona estaba sano y bello. Ella me dijo: “Vean cómo estoy ahora. Debo ofrecer otra misa y seré liberada del todo. Házmela celebrar por Monseñor Vitali” ²⁵.

La misma Eduviges me contó, dice Vitalia, que una mañana, pasando por Santa María la Mayor, sintió tres veces una voz que decía: “No pases de largo sin mandar celebrar una misa por mí”. Fue a santa Práxedes y mandó celebrar la misa. En la tarde, Eduviges le preguntó a Jesús de quién se trataba. Se refería a un cierto Ornello, muerto en aquellos días en las Fosas Ardeatinas ²⁶.

Ella misma escribe que en junio de 1941 le dijo María Auxiliadora: “Tu tía está en el purgatorio, porque dejaba muchas veces de ir a misa los días festivos” ²⁷.

Dice Paulina: Un día, mientras Eduviges estaba sola en casa, tuvo la visión de su hermano Giorgino que estaba con mucho sufrimiento, porque había sido condenado a ocho largos años de purgatorio. Por ello, le pedía que rezara mucho por él. Al despedirse, le tomó la mano y las señales de la quemadura permanecieron en ella hasta su muerte. Después de muchos años, en 1950, me

²³ Sumario del Proceso de canonización, p. 112.

²⁴ Madau Ernesto, *Ti chiami Edvige Carboni*, Alghero, 1977, p. 441.

²⁵ Diario, p. 458.

²⁶ Sumario, p. 138.

²⁷ Diario, p. 408.

dijo ella que yo no podía conseguir el puesto de maestra solicitado, porque eran necesarios mis sufrimientos para que Giorgino volase al cielo ²⁸.

BEATA ISABEL CANORI MORA

Escribió en su Diario: *El 17 de junio de 1814 se me presentó el Papa Pío VI (muerto en 1799) y me pidió que rogara por él, porque todavía estaba en el purgatorio... Me dijo: **Vete a tu padre espiritual y él te manifestará lo que debes hacer para obtenerme esta gracia. Te prometo no abandonarte nunca y ser tu protector desde el cielo...** Mi padre espiritual me pidió ir cinco veces a la iglesia de Santa María la Mayor a visitar el altar de San Pío V y rezarle por la liberación de su sucesor... Al día siguiente, a la hora de vísperas, me fue asegurado que entraba en el paraíso... El 19 de junio, en la comunión, vi a este santo pontífice delante del trono de Dios.*

MÍSTICA MARÍA SIMMA

Ella anota: Algunos líderes nazis, como el mariscal Hermann Goering, fueron liberados del purgatorio, porque fueron ayudados por sus familiares. También refiere que un día se le presentó un alma del purgatorio y le dijo: *Soy el Papa Pablo*. Ella le contestó: *No es cierto. He conocido al Papa Pablo VI y tú no eres*. Él respondió: *Soy el Papa Pablo IV*, quien había obligado a los judíos de Roma a vivir en guetos ²⁹.

Algunas almas pueden estar muchos años e incluso hasta el fin del mundo en el purgatorio. Dice María Simma: Un día se me presentó el alma de un oficial que había muerto en Kárlnten en 1660. Otro día un sacerdote que había muerto en Colonia en 555 y había participado en el martirio de santa Úrsula ³⁰.

Una vez subí al último coche del tren y, a pesar de que el tren estaba lleno, en este apartamento solo había una señora. Cuando me senté a su lado; sacó un rosario y me dijo si podía rezarlo conmigo. Acepté. Cuando terminamos de rezar, dijo: *Agradecemos al Señor* y desapareció. Era un alma del purgatorio y en ningún momento sospeché que lo fuera, parecía una persona totalmente normal³¹.

²⁸ Documentos extrajudiciales, p. 244.

²⁹ María Simma, *Fateci Uscire, da qui*, 1987, p. 45.

³⁰ Ib. p. 47.

³¹ Ib. p. 127.

SAN JUAN MACÍAS

Una de las características principales de la vida de san Juan Macías fue su amor y devoción a las almas del purgatorio. Muchos testigos certificaron en el Proceso que nunca lo habían visto sin tener el rosario en su mano izquierda. Lo tenía en la mano cuando partía el pan en el comedor, y cuando se le preguntaba por quién estaba rezando el rosario, siempre decía que por las almas del purgatorio.

Una noche, estando en la iglesia, le dieron voces de la capilla de enfrente, llamándolo por su nombre. Alzó los ojos y vio un gran número de gentes que le pedían con lágrimas y suspiros los encomendase a Dios y aplicase por ellos sus oraciones, ayunos y penitencias. Le decían: “Siervo de Dios, acuérdate de nosotras, no nos olvides; socórrenos con tus oraciones en la presencia de Dios y ruega a su divina Majestad que nos saque de estas penas”.

Era tanta la multitud que parecía un gran enjambre de abejas y, entendiéndolo que eran las almas benditas del purgatorio, les respondió: “¿Qué puedo yo, santas almas, hacer ni pedir por vosotras, siendo un hombre tan miserable?”. Y desde entonces comenzó a rogar por ellas, aplicándoles uno de tres rosarios, que de rodillas, rezaba todos los días y veinte estaciones al Santísimo Sacramento cada día; y de sus comuniones, una sí y otra no, con otras obras de piedad, ayunos y penitencias... Y le visitaban muchísimas almas, unas dándole gracias del beneficio que habían recibido, y otras, que no habían venido, le buscaban para empeñarle con Dios a que rogase por ellas. Y el siervo de Dios multiplicaba sus ruegos, doblaba sus penitencias y continuaba los ayunos ³².

Otra noche estaba en oración y oyó sobre el altar una gran palmada que estremeció la capilla y luego, inmediatamente, un suspiro triste y lastimero; y entendió luego que era alguna alma en pena y le preguntó quién era. Le respondió que era el alma de fray Juan Sayago que venía a valerse de sus ruegos para con Dios; que tuviese lastima de él y procurase sacarle del purgatorio, porque estaba padeciendo atrocísimos tormentos.

Le prometió hacerle así y, aquella noche y las dos que siguieron, le aplicó todas sus obras interiores y exteriores a este hermano, que era un religioso lego de la misma Orden, que acababa de expirar en el convento del Rosario de Lima, y era a la misma hora en que, sacando de la enfermería el cadáver, lo habían

³² Meléndez Juan, Tesoros verdaderos de las Indias, tomo 3, libro IV, Roma, 1682, p. 525.

puesto en la iglesia para enterrarlo al día siguiente... A los tres días, estando en el mismo altar, vio salir una visión hermosa y resplandeciente que, poco a poco, se fue elevando hacia el cielo ³³.

MÍSTICA ANA LINDMAYR

Refiere en su Diario que desde los 12 años tuvo apariciones de almas benditas. Nos dice: *Dios me iluminó sobre las almas de los protestantes. Muchos de ellos han conseguido la salvación por ser inocentes y no haber cometido grandes pecados. A ellas las vi en una prisión abriendo la boca hacia mí como hambrientos que se lamentaban de estar olvidadas y no recibían ayuda (los protestantes no creen en el purgatorio y ellos no rezan por las almas del purgatorio, ya que creen que, una vez que uno se muere, va directamente al cielo o al infierno). Ellas me pedían ayuda. Me decían que yo podía y debía ayudarles. Ellas tenían necesidad de la ayuda del sacrificio de la misa y de la comunión. Cristo me dijo: Reza por estas almas.*

En 1709 fui llevada por mi ángel custodio a un lugar desconocido donde vi un gran lago lleno de azufre y pez. Se trataba del purgatorio y de una pena particular. En ese lago estaban sumergidas las almas de las personas casadas, que se habían dejado llevar de los placeres de la carne y habían llevado una existencia más bestial que humana.

En el purgatorio vi muchas almas que parecía que debían estar en el cielo hacía mucho tiempo. Mi abuela había estado 17 años. Algunas almas están centenares de años. De eso he comprendido lo grave que es ofender a Dios y que todo lo que no es descontado en este mundo debe ser reparado allá. Ellas me han enseñado cuánto sirve el buen uso de los sacramentos, de la oración, de las indulgencias e, incluso, de los sufrimientos. Así pude comprender que había almas que estaban cien o más años y entender lo grave que es el pecado y el bien infinitamente grande que es Dios. También comprendí que todo el sufrimiento del mundo no es nada con relación a las penas del infierno.

A veces, en mi habitación veía un fuego. En ocasiones, cuando escribía, sobre mis manos y sobre la hoja en que escribía caían grandes chispas con las que las almas querían avisarme de estar allí. Otras veces sentía mucho frío y se presentaban las almas temblando de frío. El confesor me decía que debía

³³ Meléndez o.c., pp. 527-528.

pronunciar el nombre de Jesús o mostrarles el crucifijo y echarles agua bendita o encender un cirio bendito para discernir, si eran en verdad almas purgantes o almas caídas en el infierno o demonios.

Entendí claramente que las almas debían hacer penitencia según la manera en que habían pecado. Veía venir almas con los ojos hinchados por el llanto que me pedían que hiciera penitencia por ellas. Otras aparecían hambrientas y me pedían ayunar a pan y agua para mejorar su condición, pues habían pecado comiendo y bebiendo demasiado. Otras, que habían sido irascibles e impacientes, me pedían paciencia y mansedumbre. Otras me mostraban un cilicio (instrumento de penitencia). Las almas que habían pecado con la lengua hablando indebidamente, tenían la boca cerrada con clavos y me pedían estar en silencio. Las que habían controlado poco la vista,, debían mostrarse con ojos espantosamente grandes. Las personas soberbias se presentaban con una cabeza deformada. Las vanidosas aparecían con el rostro canceroso. La pereza era reconocible por el pésimo aspecto de las manos. Las que en vida habían amado demasiado a los animales, debían presentarse con aquellos animales alrededor del cuello.

A medianoche, el 15 de diciembre de 1690, vino a mí un alma que yo había conocido muy bien. Era violinista, Johann Georg Löderer, músico de la Corte. Le enseñaba música a mi hermano Franz y me daba también lecciones a mí. Le gustaba beber. Yo le llamaba a veces la atención. Murió el 7 de enero de 1688. Se me apareció bajo la forma de un sapo muy gordo. Me desperté y me espanté. Creía que era un demonio. Él se hizo reconocer, moviendo las cuerdas de una lira. Le pregunté por qué se aparecía así y me explicó que en vida se había asemejado a un sapo. Así como el sapo vive en lugares húmedos y fangosos, así a él le había gustado beber y beber; y de ese modo se le había acortado la vida. Por ello tuvo que sufrir tantos años cuantos debía haber vivido sin acortarse la vida.

Otra alma se me apareció con el aspecto que había tenido en vida, pero estaba triste y llorando. Tenía en la mano un vaso de vino y me mostró así cuál había sido su error. Era un hombre joven y debía sufrir 40 años, si no lo ayudaban, pues en tal medida había acortado su vida por su beber desordenado. Como en vida había sido devoto de María y había sido generoso con los pobres, la misma Virgen María me pidió que lo ayudara. Ayuné a pan y agua durante 40 días y le ofrecí oraciones, sacrificios, confesiones, indulgencias y limosnas. Después de 40 días, me fue revelado que había ido al cielo.

El 10 de marzo de 1714 se presentó un alma con los ojos muy afeados, imposible de describirlos, porque había visto imágenes inconvenientes. El 16 de septiembre de 1704 se me apareció la condesa de Stemberg. Debía sufrir por la

desnudez con que había vestido en vida, pues iba siempre muy descotada. Me pareció muy envejecida. El 8 de enero de 1714 vino una hermana seglar de nuestra Orden. Tenía el rostro como destruido por el cáncer. Me fue revelado que en vida había tenido mucho cuidado con su aspecto exterior. Otra alma de nuestra Orden tenía un aspecto terrible, como si aves rapaces le hubieran devorado el rostro. Fue obligada a presentarse así, porque en vida había sido vanidosa de su belleza.

El 13 de septiembre de 1703 vino un alma que en vida había yo conocido muy bien. Se me acercó y con su mano me tocó la frente, de modo que durante tres días me pareció que me hubieran puesto una cuffia pesadísima. Me explicó que en vida había sido muy escéptica y testaruda y solo hacía lo que creía mejor. Así había cometido muchos errores. El 14 de diciembre de 1712, vino el alma de una hermana seglar con un aspecto pésimo. Me hizo entender que sus sufrimientos estaban sobre todo en las manos. Ambas estaban hinchadas, porque le agradaba en vida tener unas manos bellas y, por eso, había trabajado poco, dejando el trabajo a las otras y había sido muy ociosa. El 20 de enero de 1723 se me apareció un alma con los ojos fuera de órbita. Entendí que en vida había sido iracunda y envidiosa con el prójimo, sobre todo con los pobres.

La condesa Ana Josefa Theresa Preising en vida fue muy amiga mía. Después de su muerte el 17 de octubre de 1721, se me presentó y me sentí obligada a orar por ella, que había tenido muchos dolores de parto. Murió por ello y se me presentó feliz, porque en vida había sido muy devota. Su aspecto era como cuando estaba viva. Había cometido el gran error de haber tomado el día por noche y la noche por día. Me pidió ofrecer la comunión por ella, ya que en vida la había descuidado mucho. Además, había perdido mucho tiempo. El 18 de octubre toda mi Comunidad ofreció la comunión por ella. El 24 fue llevada al cielo por el privilegio sabatino del escapulario del Carmen. La vi en una gloria indescriptible y oí un canto maravilloso que decía: “Vanidad de vanidades y todo es vanidad”³⁴.

En febrero de 1709 vi un alma que parecía fuego vivo. En vida había sido cervecera (vendía cerveza). Tenía una hija que educar y la llevó a un convento para evitarle las malas compañías de la taberna. La niña se encariñó con las religiosas y quiso quedarse, pero su madre la sacó y trató de inculcarle otros pensamientos. Después de tres semanas, la madre se enfermó y murió. El 12 de febrero la vi con un aspecto horrible, ardiendo en fuego. La madre me pidió rezar por su hija para que siguiera sus inclinaciones religiosas y poder así disminuir sus penas y ser liberada.

³⁴ María Ana Lindmayr, *Il mio rapporto con le anime del purgatorio*, Ed. Segno, 1999, pp. 48-62.

El 17 de julio de 1696 murió Juan III Sobieski, el famoso rey de Polonia que en 1683 fue el comandante en jefe de las tropas aliadas que liberaron el asedio de Viena por los turcos musulmanes. En la octava del día de santa Teresa, 15 de octubre, vi su alma con el aspecto de un hombre alto, que no decía nada. El 4 de noviembre, en éxtasis, fui llevada a una sala amplia donde había un féretro. Cuando volví en mí, me sentí obligada a rezar y ofrecer la comunión por él y los difuntos de su familia. Conocí todos sus errores en vida. Del 6 al 11 de noviembre traté de ofrecerle todas mis buenas obras y obtener indulgencias. El 11 de noviembre, fiesta de san Martín de Tours, me fue mostrado un delicioso banquete para hacerme ver la mesa celestial que estaba preparada para recibir su alma. Durante la misa, vi con mis ojos a su alma, ya resplandeciente, que iba al paraíso.

El emperador de Austria José I murió el 17 de abril de 1711. Cuando recibí la noticia de su muerte, Dios infundió en mí un amor especial por su alma y me sentí obligada a orar y ayudarle durante 40 días. En mis oraciones sentía la presencia de su alma. Después de esos 40 días, vi su alma con una gran vestidura negra y en un tono muy cariñoso me llamó: “Virgen, María Ana”. No lo había reconocido. Me dijo: “¿No me reconoces? Soy José el emperador”. Desde ese momento hice todo lo que pude y el 29 de enero de 1712 lo vi con un ojo abierto y el otro cerrado, para indicar que se había preocupado demasiado poco por las cosas de la Iglesia. El 9 de febrero se me presentó con su alma completamente blanca y el 14 de febrero lo vi subir al paraíso muy feliz.

Mi hermana Ana Katarina tenía dos hijos, Félix e Ignaz. Félix murió el 23 de marzo de 1702 e Ignaz lo lloró mucho, a pesar de ser desobediente y colérico. Murió el 14 de junio. Pocos días después, se me aparecieron los dos hermanos muertos. Vi a Ignaz con sus cuatro años en los brazos de su ángel custodio, llevándolo al cielo, después de haber estado un tiempo en el purgatorio. He visto muchos niños de cuatro años en el purgatorio y he aprendido que, cuando estos están para morir, es bueno hacerlos confesar y arrepentirse, absolverles y darles la unción de los enfermos. La misa es el remedio más eficaz y saludable para las almas del purgatorio. El agua bendita les hace mucho bien. Muchas veces Jesús me aconsejaba echar agua bendita a los huesos o restos de los difuntos. Cuando venían a visitarme, les echaba agua bendita y me lo agradecían. Normalmente lo hacía todas las noches antes de dormir. Un día me olvidé, pero las almas no me dejaban en paz y daban vueltas junto a mi cama hasta que me levanté y les eché agua bendita ³⁵.

SEGUNDA PARTE

³⁵ Ib. pp. 66-78.

LAS ALMAS NOS AYUDAN Y NOS PROTEGEN

BEATA INÉS DE BENIGÁNIM

Experimentando las benditas almas del purgatorio los muchos sufragios con que las socorría sor Inés, agradecidas, iban a ayudarle a hacer sus obediencias. Hasta tal punto era esto notorio en su convento, que cuando se ofrecía mover, o pasar alguna cosa de un lugar a otro, y, por pesar mucho, no lo podían hacer las religiosas, luego recurrían a ella para que la moviese, o mudare de una parte a otra, lo que hacía con mucha facilidad con la asistencia y ayuda de las benditas almas.

En una ocasión trajeron al convento unos atunes frescos, y mandó la prelada a sor Inés y a otra religiosa que los salasen y acomodasen bien. Cuando tuvieron lleno de atún, con la sal que era necesaria, un barril muy grande, dijo la compañera: “Nina, ¿y ahora quién ha de llevar este barril que pesa tanto a la oficina, que está tan apartada de aquí? Respondióle con su santa sencillez: “Tome vuesa caridad de esa parte del barril, que yo tomaré de esta otra, a ver si le podemos llevar”. Probaron y la religiosa dijo: “Nina, ¿lo dices de veras? Pues aunque vengan las religiosas todas, ¿cómo es posible poder llevar este barril tan grande lleno de atún y sal, pesando tanto y teniendo tan poco de donde poder asirle?”. Dijo entonces sor Inés: “Hermana, pierda cuidado y no se inquiete que ya vienen las benditas almas a ayudarnos”. Y diciendo y haciendo, tomando la hermana Inés de una parte el barril lo levantó y lo llevó hasta ponerlo en la oficina. Admirada la otra religiosa la iba siguiendo, haciéndose cruces y diciendo: “Hermana, ¿cómo es posible hacer lo que hace?”. Y ella respondía: “Porque me ayudan mis amadas hijas, las almas del purgatorio. Ya gracias al Señor tenemos este barril en su lugar. Roguemos por ellas y vamos a concluir nuestra obediencia”³⁶.

Sor Ana María de San Agustín certificó: Siendo tornera de la Comunidad la Madre Teresa María de la Concepción, perdió la llave de un armario, donde guardaba los huevos para servicio de la Comunidad, y como apurase ya la hora, pues estaba la Comunidad para venir al comedor, era grande la angustia de dicha religiosa al no poder abrir el armario. Recurrió a la venerable Madre y le comunicó los afanes en que se encontraba; que trajese en ayuda a las almas del purgatorio para que le abriesen el armario. La sierva de Dios se puso en oración y en presencia de la suplicante se arrobó, y no había todavía vuelto del éxtasis que ya el armario se había abierto sin tocarlo nadie. Preguntándole sor Teresa,

³⁶ Benavent Felipe, *Vida, virtudes y milagros de la beata sor Josefa de Santa Inés*, Valencia, 1913, p. 292.

apenas la venerable Madre volvió en sí, quién había abierto el armario, ella respondió que lo había abierto el alma de un herrero, que estaba en el purgatorio, por cuyo alivio había ofrecido ella hacer algunos actos y ejercicios espirituales. La Madre tornera mencionada ayudó a la sierva de Dios en el cumplimiento de las obras espirituales prometidas, como agradecimiento por el beneficio recibido. Apenas el hecho tuvo lugar, la misma Madre tornera expuso el caso a la que esto refiere.

En tiempo en que eran enfermeras las MM. Ana María del Santísimo Sacramento y Gertrudis María de la Santísima Trinidad, sucedió el tener necesidad de confeccionar un cierto ungüento, que el convento solía dar de limosna a los pobres; mas como se les había extraviado la receta que enseñaba el modo de elaborarlo, no podían acertar en la preparación. En tres pruebas que habían hecho, no habían obtenido buen resultado, sino que habían perdido tiempo y el material empleado en ello. Afligidas las religiosas, llamaron a la venerable Madre y le contaron lo que pasaba, suplicándole el remedio oportuno. Particularmente le rogaron que viese si en el purgatorio estaba el alma de alguien que hubiese sido farmacéutico, que le enseñase el modo de confeccionar el referido ungüento. La venerable Madre se puso en oración, se enajenó de los sentidos en presencia de las enfermeras y de la declarante, y tan pronto como volvió del éxtasis, les dijo el modo cómo debían elaborar el ungüento. Las Madres pusieron en práctica las indicadas prescripciones y les salió un ungüento admirablemente elaborado. Desde entonces, para elaborarlo se suelen emplear las indicaciones hechas por sor Inés.

En adelante ya se le llamaba en esta Comunidad “el ungüento de la Madre Inés”. Le preguntaron las Madres enfermeras a qué alma debían el beneficio de aquella receta, y ella respondió que le había dado la receta el alma de un farmacéutico especialista, llamado José, el cual ocho días antes había fallecido en la villa de Alcira, por quien ella había prometido un cargamiento, obligándose a aplicarle ciertos ejercicios y obras buenas, que debía cumplir. Las Madres enfermeras, por gratitud, ayudaron a la venerable Madre al cumplimiento de su obligada promesa, escribieron a la villa de Alcira, que dista de Benigánim unas cuatro leguas, preguntando si había fallecido allí algún farmacéutico. Tuvieron la respuesta: que en aquella villa, en el día precisado por la sierva de Dios, había muerto un especialista farmacéutico llamado José. La que esto refiere es testigo presencial de todo lo relatado, pues vio elaborar el ungüento por tres veces y resultó malo, vio la enajenación de los sentidos de sor Inés, la relación tocante al farmacéutico y su receta y los resultados, así como la carta que se envió a Alcira para comprobar el hecho.

La Madre Ana María de los Serafines era la encargada de preparar unos ramos de flores artificiales para el altar mayor de la iglesia. Uno le salió muy

bien, pero el segundo de ninguna manera podía trabajarlo como el primero, y había empleado tres días nada menos en tal labor. Recurrió a sor Inés rogándole que se valiera de algún alma del purgatorio para poder salirse con su intento. Como de costumbre, la sierva de Dios se puso en oración, se enajenó de los sentidos y, todavía estando en éxtasis, dijo a la Madre sacristana: “Comience ya a elaborar el ramo”. Habiéndolo comenzado, salió con tal perfección, facilidad y rapidez, que la Madre Serafines no salía de su asombro. Habiendo preguntado a la sierva de Dios a qué alma se debía tal favor, ella respondió: “Ha venido a ayudarte don Sánchez”. Lo que produjo nueva maravillosa sorpresa, porque el tal don Sánchez era un sacerdote de Onteniente, difunto, el cual en sus tiempos había enseñado a la Madre Serafines a confeccionar flores artificiales antes de que ésta entrase de religiosa ³⁷.

El padre Bernardo Moscardó declaró: En los últimos días del mes de febrero del año 1692, pocos días después de la muerte de don Vicente Moscardó, padre del que esto refiere, encontrábase el declarante en la huerta del convento (de las monjas de Benigánim), donde existe un estanque, en el que se recoge agua para regar el huerto. En aquel día el estanque estaba lleno de agua y habían dispuesto las religiosas que se regase la huerta, por lo cual Juan Vaya, que era el hortelano, quiso levantar el tapón que cierra el paso del agua en la parte inferior del estanque, y al tirar de la cuerda que estaba sujeta al tapón, se rompió la cuerda por la parte que tocaba al mismo tapón, de manera que era ya imposible destapar el tubo de salida sin que en ello se perdiese mucho tiempo. Presente estaba allí la Madre Priora, que era sor Ana María del Santísimo Sacramento y también estaba con ella la venerable Madre.

Dirigiéndose a la venerable Madre, la M. Priora le dijo que mirase cómo se podía sacar el tapón, porque ella mandaría decir una misa por el alma que viniera en ayuda. La sierva de Dios, que se encontraba al lado del declarante, se puso en oración y en presencia de todos quedó extática por un rato, y estando así en éxtasis, saltó por sí mismo el tapón con tal fuerza que salió fuera del estanque con grande maravilla y asombro mío y de todos los circunstantes. Al volver del arrobamiento la sierva de Dios, preguntóle la Madre Priora qué alma había hecho saltar el tapón. La venerable Madre, señalando al que esto refiere, dijo: “El alma del padre de Bernardo, la cual ya ha ido al cielo”. Esto produjo extraordinario asombro en todos, pero especialmente en el declarante y en las MM. María de las Vírgenes y Francisca de Jesús María, al escuchar que el padre del declarante y hermano de las dos citadas religiosas estaba ya gozando de la gloria después de un breve purgatorio ³⁸.

³⁷ Pedro de la Dedicación, *Vida, virtudes y carismas de la beata Josefa María de santa Inés*, Valencia, 1974. pp. 232-233.

³⁸ Ib. pp. 230-231.

PADRE JAMES MANJACKAL

Un cardenal, arzobispo de Kerala, era un gran amigo mío. Era un lejano pariente mío. Estando vivo me animó a seguir en mi ministerio de predicación. Él tenía la costumbre de decirme que un cristiano debía conocer al menos los nombres de sus antepasados hasta la séptima generación y rezar por sus almas y ofrecer misas por ellos. De acuerdo a su consejo yo ofrecí 30 misas gregorianas por cada uno de mis antepasados. Él era predicador y creía en los milagros de Jesús hoy en día. Tenía la costumbre de enviarme a la casa de su anciana madre, que tenía alzheimer, para rezar por su curación, porque creía en las oraciones de curación, murió el año 2000. Estoy seguro que mucha gente ofreció misas por él y rezaron por su alma, porque era un buen pastor, amado de todos. Después de un tiempo, se me apareció y pidió las 30 misas gregorianas. Me dijo: *Padre James, es verdad que me han ofrecido muchas misas y han rezado por mi alma, pero nadie me ofreció las misas gregorianas.* Yo solo he podido comprobar su gran valor, cuando he venido al purgatorio. Todos tus antepasados por los que ofreciste misas gregorianas, ya no están en el purgatorio. Y diciendo eso, desapareció. Pensando que él debía estar en el cielo, le pedí que intercediera por muchas cosas, sobre todo por el éxito de mis obras de evangelización. Estoy seguro que él ha intercedido por mí desde el purgatorio. Él se me apareció, estando ya en el cielo, después que celebré por él las 30 misas. Ahora me ayuda en mi ministerio por las almas del purgatorio con algunos obispos y sacerdotes. El padre siempre recomienda ofrecer las 30 misas gregorianas por los difuntos ³⁹.

El primer viernes de octubre de 1993 en el centro de retiros de Charis Bhrahva en Kerala, que yo había fundado en 1989, una tarde, estando para ir al comedor para cenar, una dama anciana de unos 60 años se presentó en la puerta y me pidió orar por su hijo Antonio, que sufría de asma aguda y de otros males. Me dijo que su hijo no era creyente y ella creía que, si yo iba a verlo y oraba por él, retornaría a la fe y encontraría la curación. Quería que le acompañara a su casa. Le prometí ir en taxi al día siguiente. Anoté su dirección. Cuando ella abrió su bolsa para darme dinero para el taxi, yo rehusé. Después la vi por la puerta. Al día siguiente fui a su casa con el coche de un amigo. Encontré a su hijo en cama, muy afable y pálido, pero no podía respirar bien. Cuando yo le dije el nombre de su madre, pensando que ella estaba en alguna parte de la casa, él me gritó y me dijo: *Sacerdote, salga de aquí, ¿quién le ha dicho que venga aquí?* Le respondí: *Hijo mía dónde está tu madre? quiero verla. Ella es la que me ha dicho que venga y rece por ti.* Él se rió con desprecio y dijo: *Vosotros los sacerdotes sois unos mentirosos. Mi madre murió hace tres años, ¿cómo le podría haber pedido*

³⁹ Padre James Manjackal, *Avec les ames du purgatoire*, 2022, pp. 236-237.

que viniera a verme? Salga de aquí. Saqué el papel que ella me había dado con su nombre y dirección. Quedó sorprendido. Me miró y abrazó el papel, diciendo: *Es la escritura de mi madre. Dígame cuándo ha ido a visitarlo.* Le respondí: *Ayer por la tarde a las 7 p.m.* Se arrodilló delante de mí y me pidió perdón. Hizo una confesión general de toda su vida. Recé por él y fue curado instantáneamente del asma y de otros males. Al día siguiente asistió a misa y dio su testimonio ⁴⁰.

BEATA SOR ANA DE LOS ÁNGELES MONTEAGUDO

El capellán, padre Marcos, dice que un año, estando cercana la fiesta de san Nicolás de Tolentino, no tenía ella nada para hacer los sufragios a las almas benditas y se fue al coro a pedirles que mandaran todo lo necesario. Al poco rato, llegó a la portería el obispo Monseñor Gaspar de Villarroel e hizo abrir las puertas, pues ya estaban cerradas. Hizo llamar a la sierva de Dios y le preguntó qué estaba haciendo. Ella le respondió que encomendándose a Dios para que moviese a alguien para darle lo necesario para los sufragios de las almas en la fiesta de su patrón san Nicolás. El señor obispo le dijo que, mientras estaba rezando el Oficio divino, le habían quitado el breviario de las manos sin saber cómo, quedando asombrado. Inmediatamente, le vino a la mente la sierva de Dios y sus almas. Por eso, sin esperar más, había venido al convento para saber qué necesitaba.

La sierva de Dios le dijo que necesitaba 200 escudos, y el obispo se los dio. Así pudo celebrar bien la fiesta. Por ello, les pidió a las almas que se mostraran agradecidas al obispo, aumentándole los bienes materiales y espirituales. Entonces, se le hicieron presentes algunas almas con una bandeja en la que había cruces resplandecientes. Ella les dijo que le dieran las cruces para adornar a su patrono, pero le respondieron que eran de Monseñor Villarroel, quien iba a ser nombrado arzobispo de La Plata. Pero, después de más de un año, se tuvo noticia de que otro había sido nombrado para ese cargo.

El obispo Villarroel fue al convento a decirle que por qué le había engañado. La sierva de Dios le respondió que no podía ser, porque sus almas nunca le engañaban. El obispo le hizo jurar que así iba a suceder. Hizo el juramento y, pasados algunos días, sor Ana le mandó decir al obispo el día y la hora en que recibiría la noticia de su nombramiento para que estuviese preparado. Así fue, pues llegó un soldado a caballo al palacio del obispo con los documentos

⁴⁰ Ib. pp. 226-227.

de su promoción al arzobispado de La Plata, con lo que el obispo quedó maravillado ⁴¹.

Una vez vino un alma con una corona a pedirle ayuda. Ella preguntó quién era y las almas le dijeron que era su rey Felipe IV. Ella le contó el caso a Don Antonio de Butrón y al licenciado don Diego de Vargas y a otros clérigos para que encomendasen al rey, que tenía muchos sufrimientos. Y así lo hicieron. Cuando llegó la noticia de la muerte del rey, se dieron cuenta de que había sido el mismo día (17 de setiembre de 1665) que ella lo había dicho. Y, en ese tiempo, contó haber visto un alma que llevaba en la cabeza una cosa con tres coronas, que se parecía a lo que ponen en la cabeza del apóstol san Pedro. Preguntó a Don Diego de Vargas qué significaba aquello y le dijo que se refería al Sumo Pontífice y así se verificó. Había muerto el Papa al tiempo que el rey Felipe IV.

En otra oportunidad, le contó a sor Juana de santo Domingo que había visto el alma del conde de Lemos y que supo que estuvo en peligro de condenarse por los malos consejeros que tuvo en su gobierno de virrey de estos reinos, pero por su gran devoción a la Inmaculada Concepción de María, se encontraba en vía de salvación ⁴². Muchas veces las almas benditas le comunicaban quiénes iban a morir y ella se lo decía para que se prepararan a bien morir.

Un día estaba la sierva de Dios afligida. Y dijo a sor María de los Remedios y a otras religiosas: *¿Qué haremos, hermanas? No tenemos ni un poco de azúcar*. Pero, al día siguiente, apenas abierta la puerta del monasterio, le llevaron a la Madre una olla de azúcar y un poco de oro en dos onzas, con lo que se remedió la necesidad ⁴³.

Sor Juana de santo Domingo anota que, al poco tiempo de haber profesado, estaba triste y desconsolada. La sierva de Dios le preguntó qué le pasaba y, si era por no haber comido. Le respondió que así era. Entonces, la sierva Dios le pidió que le trajese el breviario y recitó el Oficio de difuntos por las almas benditas para que mandaran de comer. Y, antes de haber terminado, avisaron de la portería que querían hablar con la Madre Monteagudo, quien le dijo a sor Juana: *¿No te he dicho que las almas nos mandarían de comer? Vete y recibe lo que te traen*. Y continuó rezando el Oficio de difuntos. Sor Juana fue a la portería y vio a un joven de bello aspecto que traía seis u ocho hogazas de pan, quesos envueltos en un paño y un saco de alimentos con un tarro de mantequilla.

⁴¹ Positio virtutibus del Proceso de canonización, p. 152.

⁴² Positio, p. 228.

⁴³ Positio, p. 214.

Al preguntar sor Juana quién lo enviaba, el joven le respondió: *Ya lo sabe su señoría. Y sor Juana lo llevó todo a la Madre Monteagudo, quien, puesta de rodillas, le dijo: Mira hija, qué buen pan nos han enviado las almas, y lo besó con mucha ternura* ⁴⁴.

MÍSTICA JULIE JAHENNY

En el éxtasis del 14 de noviembre de 1905, dice Marie Julie : *Las almas del purgatorio están confirmadas en gracia. En ese lugar ellas se reconocen y se consuelan entre ellas. Ellas ven la ingratitud de aquellos que las olvidan, aunque las hayan dejado en medio de lágrimas y les hayan prometido no olvidarlas...*

Es necesario que el sacerdote que celebra la misa por las almas del purgatorio piense en el alma por la que celebra la misa. Su pensamiento tendrá doble fruto al celebrarla con más voluntad e intención. A veces se celebra la misa sin un pensamiento por el alma por la que se aplica. Durante el mes de noviembre, consagrado a las almas del purgatorio, van innumerables almas al cielo. Alegraos. En el cielo lo primero que hacen, después de agradecer a Jesús, a María y san José, es pedir gracias para asistir a sus familiares de la tierra.

La Virgen dice: *Queridos hijos, hay una multitud de almas abandonadas en el purgatorio y hay quienes solo necesitan una comunión o un viacrucis para ir al cielo. Esos serían vuestros amigos si los ayudan a entrar al cielo y vendrían a traeros gracias abundantes de Dios. La gracia de una misa y comunión es una gracia que sobrepasa a todas las otras gracias* ⁴⁵.

Cuando rezaba el rosario, oía con frecuencia que las almas del purgatorio le respondían Santa María.

BEATA EDUVIGES CARBONI

Vitalia testifica: *Algunos meses después del inicio de la última guerra mundial murió mi madrina y yo le comuniqué la noticia a Eduviges. Esa misma noche se le apareció, pidiéndole mandar celebrar dos misas, una por Monseñor Vitali y otra por Monseñor Massimi, y que recitara 100 requiem durante ocho*

⁴⁴ Positio, p. 23.

⁴⁵ Bourcier Henri-Pierre, *Marie Julie Jahenny, une vie mystique*, Ed. Tequi, 1990, pp. 268-275.

días... A los ocho días se le apareció de nuevo para decirle que estaba salvada. Un coro de ángeles, precedido por Jesús y María, la habían introducido en el cielo en silla gestatoria... A los quince días, ocurrió un hecho singular. Se había presentado una señora vestida de oscuro con un manto negro en la cabeza y le había preguntado a Eduviges si necesitaba algún servicio. Como Corinna, la lavandera, no había llegado, Eduviges pensó que aquella alma buena la había mandado Jesús y aceptó. Cuando terminó de hacer los servicios de la casa, pues Eduviges estaba enferma, quiso recompensarla y aquella señora le dijo que era mi madrina que había venido a pagarle el bien que había hecho, anticipándole el ingreso al paraíso ⁴⁶.

MÍSTICO PADRE GIUSEPPE TOMASELLI

Una vez me encontré en visión en un ambiente cerrado y lleno de llamas. Espantado grité: “Madre mía”. De pronto se apareció la Virgen. Era el Corazón inmaculado de María. A su lado había dos ángeles. Me quedé mirando a María y no pensé en las llamas. María miraba hacia las llamas. Cuando me di cuenta, ya no había llamas, había solo oscuridad. Jesús me comentó: “Es la demostración del poder de María en el purgatorio... Y me recomendó que rezase mucho por las almas benditas. Cuando se desea una gracia especial se haga celebrar una misa por estas almas, que asumen la responsabilidad de rezar para que la gracia sea concedida” ⁴⁷.

MÍSTICA MARÍA SIMMA

Refiere María Simma: Dos hombres estaban llevando un carro lleno de leña, tirado por caballos. Por algún motivo los caballos resbalaron y mucha parte de la leña cayó sobre el camino. Mientras los dos hombres estaban tratando de cargar de nuevo la leña caída, aparecieron dos hombres que empezaron a ayudarlos. En pocos instantes todo estuvo en su sitio y el carro estaba de nuevo cargado. Los dos hombres primeros se lo agradecieron a los que les habían ayudado y estos se alejaron. Al poco tiempo uno de los ayudantes se me apareció para decirme que si los propietarios de la leña les hubiesen dicho *Gracias a Dios* en vez de simplemente gracias él y su compañero hubieran ido inmediatamente al

⁴⁶ Sumario del Proceso de canonización de Eduviges Carboni, p. 139.

⁴⁷ Tomaselli Giuseppe, *Diario spirituale segreto*, Ed. Segno, 2018. pp. 95-99.

paraíso. Y me pedían que rezara un poco por ellos para ser liberados del purgatorio ⁴⁸.

En una ocasión un cierto Hans fue despertado en la noche por una voz que le decía que fuera al establo donde estaba amontonado el heno. No hizo caso ni la primera ni la segunda vez, pero a la tercera, se levantó y fue a ver. Entonces vio entrar un hombre desconocido que fuera derecho al lugar de los cerdos y cogió dos cerditos. El propietario se lanzó sobre él que huyó dejando los cerditos. Quien lo había llamado en la noche era la voz de su padre, que había muerto hacía tiempo y que venía a ayudarlo para que no le robaran. Seguramente quería agradecer los sufragios hechos a su favor ⁴⁹.

Un caso pasó en Francia: Una señora había hecho el voto de ofrecer una misa por las almas del purgatorio. Era una persona pía y modesta, que trabajaba como empleada de hogar en familias ricas. Pero durante un tiempo se quedó sin trabajo. Un día, saliendo de la misa, se acordó de su ofrenda mensual, pero había un problema. Si hacía su ofrenda, se quedaba varios días sin un céntimo. Dudó un poco y después confió su problema a Jesús con la seguridad de que no la abandonaría. Fue al sacerdote y dejó su dinero para una misa por las almas benditas. Salió de la iglesia para ir a su casa, pero le vino al encuentro un joven de buen aspecto y le dijo que se había dado cuenta de que buscaba trabajo y le recomendó ir a cierta dirección. La mujer siguió su consejo y fue a la casa. Tocó el timbre y salió a abrirle una señora anciana muy gentil, que le hizo pasar para recibirla como empleada. Cuando la nueva empleada atravesaba la sala, vio en la esquina la fotografía del joven que le había dicho que fuera a esa dirección y preguntó: *Señora, ¿quién es ese joven?* Y la dueña respondió: *Ese es mi hijo Enrique, que murió hace cuatro años* ⁵⁰.

NOS PROTEGEN

CASOS CONCRETOS

Bill y Judy Guggen Heim en su libro *Saludos del cielo*, Ed. Oceano, Barcelona, 2009, refieren: Wilma tiene cincuenta y cuatro años y es dueña de una tienda en Kansas. Dice: *Mi marido se había roto una pierna. Como somos granjeros, y además tenemos hijos, yo tenía mil cosas que hacer. Una noche, después de cenar, fui a comprar comida al súper. Iba sola en el coche y estaba pensando también en mil cosas a la vez.*

⁴⁸ Simma Maria, *Fatesci usceri da aqui*, Ed. Segno, 1997, p. 34.

⁴⁹ Ib, p. 138.

⁵⁰ Ib. pp. 142-143.

Empecé a bajar una cuesta a bastante velocidad cuando, de repente, oí la voz de mi padre: “¡Gira por aquí, Wilma! ¡Ahora mismo!”. Fue como si estuviera sentado a mi lado. ¡Su voz sonaba clara como una campana! Giré en la esquina y recorrí un kilómetro hacia el sur. Luego giré hacia el este, y luego hacia el norte.

“¿Pero qué diablos estoy haciendo?”, me preguntaba a mí misma. ¡No estoy para perder el tiempo, y ya he recorrido cinco kilómetros de más! Era absurdo. ¡Me sentí una estúpida! Más tarde, cuando ya venía de regreso, encontré a una de mis vecinas en la carretera. Pensé que tenía algún problema con el coche, así que paré a su lado. En cuanto me vio me dijo: “¡No sabes qué alivio sentí cuando giraste en el cruce! ¡Se ha caído el puente!”.

Era un puente de madera rodeado de árboles y arbustos. Se había desfondado entero, no había tablones sueltos ni nada. ¡Yo habría ido a dar directamente al abismo! Cuando oí la voz de mi padre, estaba a unos cuatrocientos metros del puente. ¡Y me dirigía hacia el vacío a más de cien kilómetros por hora! De no ser por mi padre, habría muerto.

-Alicia tiene treinta y nueve años, es enfermera y vive en California. Su madre le dio una indicación crucial nueve meses después de morir de cáncer: Me desperté en medio de la noche y cuando levanté la vista, ¡mi madre estaba en el umbral! Parecía preocupada, con prisa, y por su cara deduje que algo andaba realmente mal.

Mamá entró en la habitación de mi hija y volvió a salir. Me hizo señas de que entrara y luego desapareció. Me levanté y fui al cuarto de la niña. Cuando me acerqué a la cuna lo vi: ¡Tiffany no estaba respirando, tenía los labios de color azul! Había cumplido apenas nueve meses y esa noche se había quedado dormida con un biberón. Había arrancado de un mordisco la punta de caucho, ¡y ahora estaba asfixiándose! Por fortuna, conseguí sacársela de la garganta. Si no hubiera entrado a tiempo en el cuarto de Tiffany, ¡seguramente ella habría muerto asfixiada! No me cabe duda de que mi madre vino a prevenirme.

-Jeff tiene veintitrés años y trabaja reparando teléfonos en Florida. Un encuentro con su amigo Phil le salvó la vida, después de que Phil falleciera con diecinueve años: Phil murió al día siguiente del Día de Acción de Gracias. Se quedó dormido al volante y se estrelló contra un poste telefónico. Una noche, dos años más tarde, yo regresaba a casa en mi coche después de un largo día de trabajo. Estaba en un trazado de curvas en S y también yo me quedé dormido. De repente oí un grito: “¡Despierta!”.

Abrí los ojos y me volví hacia el asiento del copiloto. ¡Phil estaba sentado a mi lado! Sonreía de oreja a oreja, y su cuerpo era brillante, transparente. Yo podía ver a través de él. Realmente me sobresalté. Al cabo de un instante, volví la vista hacia la carretera. Estaba entrando en otra curva a unos ochenta kilómetros por hora: ¡iba directamente hacia un lago! Di un volantazo justo a tiempo y luego pisé el freno. ¡Fue una experiencia absolutamente increíble! Nunca pensé que fuera a pasarme algo así: ¡me quedé de una pieza! Phil me salvó de morir como había muerto él. ¡Me salvó la vida!

Otro caso. Ella es profesora de música y vive en Virginia. Su esposo Rusty la rescató de una situación peligrosa después de morir en un accidente de paracaidismo a los veintinueve años: *Yo iba pilotando mi avión rumbo a Columbia, en Carolina del Sur. traía a mi bebé dormida en el asiento trasero. La temperatura descendió, el motor empezó a helarse y entré en situación de emergencia. ¡Tenía que aterrizar antes de cinco minutos! ¡Pero no encontraba ningún aeropuerto!*

Estaba a algo más de ciento cincuenta metros del suelo y apenas conseguía planear. De repente, Rusty me agarró por el brazo y me dijo: —Mira por la ventana de atrás. ¡Mira por la ventana, a la derecha! —¡Vale, vale, vale! Me escurrí hasta la ventana de atrás. Miré por la ventana y pensé: “No se ve nada”.

Oí otra vez la voz de Rusty. Estaba gritando: “¡Más atrás! ¡Allá atrás, mira!”. Lancé un vistazo por debajo de la cola. Y alcancé a distinguir el aeropuerto. ¡Lo había dejado atrás! Cuando llegué a la pista de aterrizaje, todo fue coser y cantar. No dimos ni medio saltito. Me dirigí al hangar, aparqué, abrí la portezuela y caí al suelo. ¡Las piernas me temblaban tanto que no podía estar de pie! ¡Fue entonces cuando me derrumbé!

Encontrar un aeropuerto puede resultar sumamente difícil si vas volando con mal tiempo y a una altitud tan baja. Sin la ayuda de Rusty, ella se habría visto obligada a realizar un aterrizaje de emergencia.

-Noreen es enfermera y vive en Wisconsin. Recibió un mensaje muy serio de su madre, que había fallecido de muerte natural a los ochenta y tres años: *Yo estaba en la cocina batiendo un pudín. La casa estaba tranquila porque los niños aún no habían vuelto del colegio. De repente, caí en la cuenta de que estaba hablando con mi madre, que había muerto tres años antes. Mamá estaba a mi lado, vestida con su viejo vestido de cuadros azules y blancos. Me pidió que le dijera a mi hermana Louise que fuera al médico enseguida: no había un momento que perder.*

“Estoy diciéndotelo a ti porque sé que tú puedes convencerla” me dijo mamá. De inmediato cogí el teléfono y llamé a mi hermana. Le dije: “Mamá dice que tienes que ir al médico enseguida. Por favor, hazme caso. ¡Debe de ser algo importante! Pero si estoy bien —dijo mi hermana—. Sólo me pica un poco la garganta. Sin embargo, Louise me hizo caso y fue al médico. En cuanto entró la ingresaron. Resultó que tenía unas úlceras en el esófago que estaban a punto de convertirse en tumores cancerígenos. Cuando el médico le preguntó por qué había ido a verlo, Louise le dijo: “Mi madre me dijo que viniera”. Sin embargo, ¡no le contó que mamá llevaba muerta tres años!

-Bernice es escritora y vive en el noroeste de Estados Unidos. Su hijo Gene le dio un consejo muy claro tres años después de quitarse la vida. Había muerto con treinta y dos años, cuando se encontraba en la fase terminal de la enfermedad de Hodgkin: En la primavera de 1977, el capitán del “Golden Odyssey” nos envió una invitación para ir a bordo de un crucero por el Mediterráneo. Mi marido quería ir y me pidió que hiciera las reservas. A la mañana siguiente salí camino de la agencia de viajes. Iba andando hacia el coche, cuando oí en mi cabeza la voz de Gene: “No tomes ese avión a Atenas, mamá”.

Su voz sonaba muy tranquila. Pero sentí que realmente no debíamos ir. Me di la vuelta y regresé a casa. Esa noche, le conté a mi marido lo que me había pasado. Él accedió y no hicimos la reserva. En la noche que habríamos tenido que volar de Los Ángeles a Atenas, me senté en el salón de mi casa y empecé a arrepentirme de no haber ido. Al día siguiente, el avión en que íbamos a volar se estrelló en las islas Canarias con otro avión de la KLM. Fue el peor accidente de la aviación civil de la historia: ¡murieron 581 personas! ⁵¹.

-Andrew tiene cuarenta y dos años, es ingeniero y actualmente vive en Washington: Yo iba camino de mi trabajo. Había poco tráfico, y conducía por la autovía de Chicago a unos ciento veinte kilómetros por hora. Un camión tráiler apareció delante de mí y puse el intermitente para rebasarlo por la izquierda. De repente oí una voz que me llamaba: “¡Andy!”. El tono era de urgencia, claro y fuerte. Miré a mi espalda pero no vi a nadie.

Luego oí la voz por segunda vez. Levanté el pie del acelerador y dejé que el coche fuera más despacio. Me volví otra vez y no vi nada. Cuando miré al frente de nuevo, ¡el camión estaba volcándose sobre la izquierda! Naturalmente pisé el freno y lo vi derrumbarse y deslizarse un buen tramo por la autovía.

⁵¹ Bill y Judy Guggenheim, o.c., pp. 302-307.

Si no hubiera oído la voz, ¡habría estado justo al lado del camión en el momento del accidente! Era un camión de dieciocho metros, como mínimo: no habría tenido tiempo de rebasarlo. ¡Habría muerto aplastado!

-Marsha tiene treinta y cinco años y es dueña de una tienda en Missouri. Su amigo Josh le salvó la vida cinco años después de morir en un accidente de tráfico, en el que su camión fue arrollado por un tren: Ocurrió una noche en que volvía de casa de mis padres, Era tarde, tenía prisa y, cuando llegué al cruce del tren, la barrera empezó a bajar. Pensé: “¡Justo lo que me faltaba! ¡Ahora voy a pasarme veinte minutos aquí sentado!”.

Esperé unos tres minutos sin que pasara el tren. Finalmente, decidí que debía tratarse de uno de esos carritos de mantenimiento que de vez en cuando hacían subir y bajar las barreras. Miré en la dirección por donde solían venir y no vi nada. Tenía la radio puesta, bastante alta, tampoco oí nada. Decidí sortear el cruce conduciendo alrededor de las barreras.

Había pasado la primera cuando vi una luz. ¡Era un tren! ¡Estaba allí mismo, a no más de veinte o treinta pasos! ¡La luz parecía tan grande como mi coche! El tiempo se detuvo: ¡me quede paralizado, no podía mover ni un dedo! Sólo podía quedarme allí, esperando a que me arrollara el tren. Entonces, oí la voz de Josh, gritando, con absoluta claridad: “¡Pisa el acelerador!”. Supe que era él. Reconocí su voz. Era como si estuviera sentado en el asiento de atrás. Pero todavía no reaccioné.

Al cabo de un instante, sentí un pie encima del mío, pisándome con fuerza. ¡Sentí la presión físicamente, y el acelerador se hundió hasta el suelo! Las ruedas chillaron y el coche salió disparado hacia delante. Cuando mire por el retrovisor, el tren pasaba a mi espalda como un trueno. “¡Gracias, Josh!” —dije en voz alta.

Luego empecé a temblar, y tuve que aparcar durante un par de minutos. A la mañana siguiente, ¡desperté con un gran morado en el pie derecho! ⁵².

En esa época yo trabajaba en una fábrica en Los Ángeles manejando una máquina con la que cortaba sobres. Ese día, acababa de entintar una resma de papel y la había puesto en la máquina para el corte. Me di cuenta de que el papel estaba demasiado cerca del borde y podía caer al suelo.

Metí la mano en la boca de la máquina para corregir la posición. Y de repente oí una voz que me dijo: “¡Edmund, no hagas eso!”. Mi madre era la

⁵² Ib. pp. 308-309.

única persona en el mundo que me llamaba “Edmund”. Todo el mundo me llamaba “Ed”. Me volví hacia un lado, ¡y vi a mi madre en persona! Estaba allí mismo, mirándome. Parecía de carne y hueso, salvo que yo sólo podía verla de la cintura para arriba. Tenía mi aura a su alrededor, como un resplandor.

*Mamá parecía preocupada. En su cara había un gesto de ansiedad. Miré la máquina y comprendí que, si hubiera hecho lo que estaba a punto de hacer, ¡el aparato me habría aplastado los dos brazos hasta los codos! Me volví otra vez hacia mi madre, pero ella ya no estaba allí. Cuando me di cuenta de lo que había estado a punto de hacer, me puse a temblar de tal manera que tuve que descansar un buen rato para calmar los nervios*⁵³.

-Ocurrió en una tarde de domingo húmeda y gris de marzo de 1980. Judy y yo habíamos estado conversando en el salón, en la parte delantera de la casa. Cuando me levanté para salir de la habitación, oí claramente una voz en mi cabeza que me dijo con toda calma: “Sal al jardín y echa un vistazo a la piscina”. No percibí urgencia en las palabras, pero ciertamente me intrigó no sólo oír la voz, sino recibir un mensaje tan peculiar.

Fui a la parte trasera de la casa y lancé una mirada a través de la puerta corrediza. Entre la piscina y la casa había un patio de cinco metros, y me percaté de que el portón de la verja de seguridad de la piscina estaba abierto. No era tan extraño, porque nuestros dos hijos mayores solían usar la piscina como atajo hacia el jardín y de cuando en cuando dejaban el portón abierto.

Atravesé el patio para cerrar el portón y, en ese instante, eché un vistazo a la piscina. Entonces, sentí que se me helaba el corazón. Todo empezó a suceder en cámara lenta. Allí, en la zona en la que el agua cubría, ¡estaba Jonathan, nuestro hijo pequeño! No tenía ni siquiera dos años y no sabía nadar. Corrí hasta el borde de la piscina y vi al niño flotando boca arriba, ¡pero por debajo del nivel del agua! Estaba muy quieto y tenía los ojos muy abiertos.

— ¡Judy! —grité y salté al instante dentro del agua. Tomé impulso desde el fondo, pataleé a toda velocidad, llegué hasta Jonathan y empecé a empujarlo hacia el costado de la piscina. Judy había oído mi grito de terror y ya venía corriendo. Yo desesperado, traté de mantener la cabeza del niño fuera del agua hasta que ella lo tomó en brazos y lo sacó del agua. Al instante, empezó a llorar y a temblar y escupió algo de agua. Milagrosamente estaba bien. Sin duda, nosotros estábamos más asustados que él. Lo envolvimos en una toalla grande y lo acunamos en nuestros brazos.

⁵³ Ib. p. 314.

Poco después, nos enteramos de que Jonathan había salido de la casa por la puerta de un cuarto de baño que daba al patio y que se había quedado abierta por accidente. Cuando le conté mi experiencia a Judy, concluimos que el niño debía de haber caído a la piscina apenas unos instantes antes de que la voz me alertara de lo ocurrido. Nos sentíamos profundamente agradecidos por haber recibido ese mensaje crucial, que nos había permitido salvar a Jonathan. Y de paso, nos había evitado el inmenso dolor que padecen los padres que pierden un hijo ⁵⁴.

Glendalee vive en Georgia (USA) y nos dice: Un día yo iba conduciendo a casa en mi furgoneta. A la derecha tenía la vía del tren y a la izquierda las bocacalles que daban a la avenida. Cuando estaba saliendo del pueblo, oí una voz que me dijo: “Frena”. Me sobresalté pero no pisé el freno. Al cabo de un instante la oí otra vez: “Glendalee, pisa el freno”. Me di cuenta de que era mi padre y de repente tuve miedo. Era como si estuviera sentado allí mismo junto a mí: “Frena, nena”, gritó por tercera vez. Me llamaba nena como siempre. Esta vez pisé el freno. En ese mismo instante un coche enfiló la avenida desde una bocacalle y pasó disparado por delante de mis narices. Luego patinó hasta la vía del tren y se detuvo. Me quedé temblando. El coche se había quedado sin frenos. Había pasado a menos de un palmo de mi furgoneta. De no haber sido por papá me habría embestido por el lado del conductor y yo no estaría contando esto ⁵⁵.

-A Marian de 71 años su padre se le presentó para advertirle de un peligro. Ella nos cuenta: Yo estaba leyendo una noche en mi cama. Cuando de repente oí la voz de mi padre: “Levántate. Sal de la cama”. Me levanté de un salto, temblando de pies a cabeza. Bajé al salón y me senté en el sofá preguntándome qué ocurría.

No llevaba ni tres minutos cuando oí un estruendo espantoso. La casa entera se sacudió, se cayeron cosas de los estantes, los cuadros terminaron en el suelo. Salí afuera y vi que una rama enorme del árbol del vecino se había desplomado sobre mi tejado. No soplaba el viento, ni había tormenta, Era una noche tranquila. Entré de vuelta en la casa y fui a mi habitación. En el cielo raso había tres agujeros enormes: la punta de la rama apuntaba hacia mi cama, que estaba cubierta de tejas y trozos de yeso. Allí mismo había estado tendida yo y hubiera muerto si no me hubiera avisado mi padre difunto ⁵⁶.

Beata Ana Catalina Emmerick dice: ¡Oh, cuántas gracias he recibido de las benditas almas! ¡Ojalá quisieran todos participar conmigo de esta alegría!

⁵⁴ Bill y Judy Guggenheim, o.c., pp. 21-22.

⁵⁵ Ib. pp. 277-278.

⁵⁶ Ib. pp. 283-284.

¡Qué abundancia de gracias hay sobre la tierra, pero cuánto se las olvida, mientras que ellas suspiran ardientemente! Allí, en lugares varios, padeciendo diferentes tormentos, están llenas de angustia y de anhelo de ser socorridas. Y aunque sea grande su aflicción y necesidad, alaban a Nuestro Señor. Todo lo que hacemos por ellas les causa una infinita alegría ⁵⁷.

CONCLUSIÓN

Después de haber leído los testimonios de tantas personas, debemos hacer un examen de conciencia para ver hasta qué punto creemos realmente en la existencia del purgatorio y, si esta creencia la hemos vivido, aplicando misas y oraciones por los difuntos. San Agustín decía: Ante la muerte de un ser querido, las lágrimas se evaporan (no sirven de nada), las flores se marchitan, pero las oraciones llegan hasta el trono del Omnipotente.

Algo muy importante, que no debemos olvidar, es que esta vida es corta y que el tiempo pasa rápido. Como decía un ancianito: *Me he hecho viejo sin darme cuenta*. Ciertamente, casi sin darnos cuenta nos hacemos viejos y las fuerzas se debilitan y los males y enfermedades aumentan. Es preciso aprovechar bien el tiempo de la vida. No podemos vivir en este mundo olvidados del más allá. No podemos perder de vista la eternidad que nos espera. No podemos dedicarnos a la *dolce vita*, a buscar dinero, placeres, diversiones y comodidades, como si fueran lo único que da sentido a la vida y lo único que vale la pena conseguir.

¿Qué podemos pensar de todos esos dictadores que solo piensan en su poder humano para aplastar y dominar a los demás? Cuando estén a punto de morir o se sientan incapacitados para gobernar, ¿qué pueden pensar? Muchos se suicidan, porque ya su vida está acabada por las enfermedades y limitaciones. Otros tratan de hacer daño hasta el final, como si pudieran gozar de hacer el mal a otros. En una palabra, vivir solo para mandar, dominar y oprimir a los otros, no vale la pena, porque al fin Dios tiene la última palabra. Nosotros solo somos pobres y débiles seres humanos, aunque algunos se crean que son como Dios, cuando están en toda la plenitud de la salud y de las fuerzas físicas.

Hermanos, vivamos para la eternidad. En este mundo no hay justicia, pero al final Dios hará justicia. En este mundo no hay verdadera felicidad, pero Dios nos la dará plenamente en el cielo. No pensemos tanto en tener y tener cosas materiales, pensemos en Dios y en los demás. Ya dijo Jesús: *En esto conocerán que sois mis discípulos, en que os améis los unos a los otros*. El amor es lo único

⁵⁷ Schmoeger, Vie D'Anne Catherine Emmerich, Paris, Ed. Tequi, 1950, tomo III, pp. 6-7.

que da sentido a nuestra vida. Ayudar, servir, hacer el bien, hacer felices a los demás sin excluir a nadie por razón de su color, lengua o religión. Todos somos hijos del mismo Padre Dios y debemos amarnos como hermanos. Hermano, te deseo lo mejor, que seas feliz por toda la eternidad con Dios y la Virgen María, con los santos y ángeles y todos los que vivieron en esta tierra, formando juntos la gran familia de Dios. Dios es nuestro Padre común y todos debemos ser hermanos y amarnos aquí y allá por toda la eternidad. Amén.

Tu hermano y amigo para siempre.

P. Ángel Peña O.A.R.

Agustino recoleto

&&&&&&&&&&&&

Pueden leer todos los libros del autor en
www.libroscatolicos.org